

muestra muy bien el uso que de él hace el mismo San Pablo en sus cartas. «Abrahán es el modelo del hombre que camina en busca de la tierra prometida, que ha aprendido a confiar en la palabra de Dios y a vivir de fe. Él se ha convertido realmente en padre de los creyentes. (...) En la religión judía y en el cristianismo es considerado el depositario de la bendición para todos los pueblos» (p. 11). Son muchos los acontecimientos de su vida que han sido interpretados de una forma simbólica, ya desde su misma salida de Caldea, que es vista como un ejemplo de camino de purificación que el cristiano debe recorrer hasta llegar a Dios. Vista de una forma alegórica, esta salida es vista, además, como un alejamiento de la irracionali-

dad hacia la perfección representada por la sabiduría.

La lectura del primer libro es sencilla; la del segundo se hace un poco más oscura. Tineo sostiene que quizá se trate en esta segunda parte de reelaboraciones del material de la exposición oral en orden a su publicación. En todo caso, son muchos los pasajes de los que se hace tanto explicación moral como alegórica o mística.

Con esta obra, editada por primera vez íntegramente en castellano, San Ambrosio nos ha dejado un sinfín de instrucciones morales realmente útiles para la vida diaria de todo cristiano.

Juan Luis CABALLERO
Universidad de Navarra

Ricardo ROVIRA REICH, *La educación política en la Antigüedad clásica. El enfoque sapiencial de Plutarco*, Biblioteca de Autores Cristianos – UNED Madrid 2012, 584 pp.

Uno de los aspectos cruciales de la política es la selección de los gobernantes, pero también uno de los más espinosos y controvertidos. No en vano, la tesis de que los mejor ‘preparados’ deben ocupar las más altas magistraturas puede parecer tan incompatible con el principio de igualdad como la existencia de la monarquía. No lo sería, si el pueblo escogiese siempre bien, pero parece evidente que yerra a menudo, y los electores suelen votar a su ‘facción’ o pensando en los ‘intereses’ personales. Además, en las modernas sociedades pluralistas, hay muy pocos valores comunes, de ahí que sólo se reconozcan los méritos de los adversarios políticos una vez que han muerto y de forma más bien imprecisa.

Sin embargo, hasta no hace muchos años, la civilización occidental aceptó, al menos en teoría, la perentoria necesidad de seleccionar

y formar minorías dirigentes, abocadas por nacimiento y educación a regir las diversas naciones. Esta forma de concebir la vida política sobrevivió de hecho, no sólo a la Revolución Francesa, sino incluso a la instauración del sufragio universal, a finales del siglo XIX.

En buena medida, hasta mediados del siglo XX, las democracias liberales tuvieron un evidente carácter ‘aristocrático’. Podría decirse que eran regímenes mixtos, en los que se escogía entre candidatos extraídos de las elites sociales, económicas y culturales de cada país, personas a la que se suponía deseosas de servir al pueblo y capaces de estar a la altura de su responsabilidad. Casi todos los partidos –salvo los más extremistas– contaban con relevantes miembros de este perfil, si bien a la postre sus proyectos y sus decisiones no siempre fueron acertados.

Aun hoy, en los países anglosajones, menos propensos que otros a los excesos del igualitarismo, quedan algunos restos de este viejo orden. Sin embargo, ni en Europa ni fuera de ella, se conocen desde hace décadas ‘líderes’ que susciten elogios unánimes por su decisiva contribución al bien común. Sin duda, ello se debe en parte a que, durante una época en la que la prosperidad parecía no tener límites, se han buscado más bien complacientes y grises administradores. La hipótesis de que existan ‘salvadores’ de la patria se descarta a priori y se suele asociar con la égida ‘carismática’, que tanto criticó Max Weber. Es lo que sucede cuando, a resultas de un craso relativismo, la única legitimidad reconocida es la ‘potestad’ que dan los votos, pero se ignora que la ‘autoridad’ se gana con los argumentos y el ejemplo.

No obstante, conviene no magnificar el poder de los gobernantes, que pueden más bien poco si el pueblo no está dispuesto a seguirlos. Platón (Político, 310e y ss.) comparó las sociedades con los tejidos y sostuvo que su urdimbre –aquello que les da solidez– son los grupos dirigentes, a cuyos dictados deben plegarse el resto de sus integrantes. Ahora bien, una tela resiste también porque la mayor parte de los hilos que la integran son de calidad. Es cierto que los buenos políticos persuaden de lo que conviene hacer, sobre todo si no es fácil de comprender y aceptar. Sin embargo, cuando el pueblo es rey y su voz divina, es decisiva la fibra moral de una nación, que depende de la virtud de cada ciudadano. De modo que el liderazgo sólo es viable cuando es aceptado y resulta también de aplicación aquel célebre verso del Mío Cid: «¡Dios, qué buen vasallo, se oviese buen señor!».

Tocqueville primero, en La democracia en América, y también Ortega y Gasset, en La rebelión de las masas, entre otros, advirtieron las causas y los efectos de la expulsión de las ‘aristocracias’ de toda índole de la vida pública. Y ello sin llegar a experimentar en plenitud el formidable poder de los modernos medios de comunicación, en particular

la televisión. La creación *ex nihilo*, por parte de las maquinarias de los partidos políticos, o lo que todavía suele ser peor, el triunfo personal de candidatos que dicen aspirar a satisfacer sin más los deseos inmediatos de los votantes –esos a los que antes se llamaba ‘demagogos’– es en consecuencia uno de los principales riesgos a los que se enfrentan las democracias.

Dado el momento histórico por el que atravesamos, estas reflexiones son de enorme valor y actualidad. No faltará, sin embargo, quien las descalifique considerándolas un residuo del Antiguo régimen o algo propio de remotos y oscuros tiempos medievales. Nada más falso, pues hunden sus raíces en la filosofía política greco-romana, una de las fuentes en las que bebieron los padres de la modernidad. El libro que reseñamos da testimonio fidedigno de ello, de ahí que sea una urgente y muy recomendable lectura, porque además ofrece bastante más de lo que promete su título.

Por las venas de su autor, criado en el Río de la Plata, fluye sangre bávara, por su mente la robusta lengua germana y por su alma la fe en Cristo. Ello le ha vacunado contra el populismo e insuflado una magnanimidad y un rigor poco habituales. De ahí que no haya escrito una obra para eruditos, sino una especie de *vademécum* o *enchiridion* que recoge lo esencial de la sabiduría política de los antiguos, tan necesaria y provechosa hoy como siempre. Para ello toma como punto de partida a Plutarco, cuyas ideas analiza, al tiempo que alude a su prolongada y fecunda influencia. Una elección en extremo acertada, puesto que el citado escritor dista mucho de gozar entre nosotros del crédito que merece.

Es cierto que su obra –una de las más amplias, ricas y variadas de la Antigüedad– es reflejo de la gloriosa –aunque lenta e imparable– decadencia en que había entrado la *paideia* griega tras la desintegración del imperio de Alejandro Magno. Pero también lo es de ese formidable proceso de mestizaje cultural que comenzó con la dominación romana y dio origen a la cultura helenística, asentada

en la mitad oriental del Imperio. De la fusión de dos concepciones del mundo, con elementos comunes, pero otros tan opuestos como complementarios, a la que más tarde se sumaría la savia nueva del cristianismo, surgió entonces el crisol del que procede nuestra civilización occidental.

El infatigable polígrafo de Queronea es un fruto granado del eficazísimo sistema educativo de esta época, basado ante todo en la retórica, aunque en su caso apuntalada y enriquecida con amplios conocimientos filosóficos. Estaba lejos de ser un simple literato, pero no puede decirse de él que fuese un filósofo. Más bien habría que verlo como un ‘orador’, mucho mejor pertrechado que Isócrates en el terreno doctrinal, aunque sin la portentosa capacidad de síntesis de Cicerón y mucho menos involucrado que éste en la política activa. Recibió una esmerada formación, ocupó diversos cargos públicos y –siguiendo una inclinación tan helenística como romana–, buscó siempre aplicar la cultura a la vida. Para ello, se dedicó a formular y divulgar principios y consejos útiles para la aristocracia de su tiempo, a quien sin duda iban destinados sus libros.

De ahí que practicase un sensato eclecticismo, que consistía en buscar la verdad allí donde pudiese hallarse. Como nunca militó en alguna de las escuelas filosóficas de su tiempo (platónica, aristotélica, estoica, epicúrea, etc.), recoge ideas de todas ellas. Su fuerte no era la sistematización, pero tampoco la necesitaba ni la echaba en falta. Lo que le preocupaba era comprender los desafíos a los que el ser humano debe enfrentarse a lo largo de su existencia y ofrecer respuestas para ellos. En suma, aspiraba a recopilar y transmitir un saber apropiado para decidir y escoger con acierto. No hay mejor modo de constituirlo –así lo practicaron los principales escritores latinos– que narrar y comentar dichos y hechos memorables, técnica muy presente en las obras de nuestro autor.

Por supuesto, buscar el bien y la justicia es el fin de la política, pero teniendo muy

presentes las circunstancias, que suelen ser muy cambiantes. Por eso, el buen gobierno, que es «el arte de lo posible», debe ejercerse sin duda desde ese «enfoque sapiencial» al que se alude en el subtítulo del libro que comentamos. Los rectores de la sociedad deben poseer a un tiempo una sólida cultura y una honda experiencia de la vida, como reiteró hasta la saciedad Cicerón. No es extraño, por todo lo dicho, que entre los humanistas, cuyas actitudes y metas eran semejantes, se valorase a Plutarco grandemente y fuese un autor de cabecera. Tengamos en cuenta, además, que este modo de argumentar se adapta admirablemente al talante del hombre actual, tan poco proclive a confiar en otros y reacio a aceptar las afirmaciones tajantes, y acaso permita inculcar mejor la ética, por la vía de la inducción, a partir de casos reales. Quien desee hacerse con un arsenal de frases y anécdotas útiles para enseñarla y aprenderla, debe consultar y espigar el legado de este singular escritor.

El libro que reseñamos está dividido en tres partes, fieles a la estructura del corpus literario plutarqueo, pero que también reflejan esa orientación hacia la vida de la que venimos hablando. Tras una breve introducción y un sucinto perfil bio-bibliográfico, el lector encontrará en primer lugar dos extensos capítulos –ciento cincuenta páginas en total– que permiten situar al autor estudiado. Podrá así familiarizarse con los principales representantes y corrientes del pensamiento político greco-latino, tan presentes en las obras literarias cuyo contenido se analiza posteriormente.

Puesto que éstas suelen dividirse en dos grupos, a continuación se examinan, primero las *Vidas paralelas* y luego la recopilación conocida como *Moralia* («Obras morales»). Las primeras son la colección de biografías más importante de la Antigüedad y en ellas se compara por parejas las trayectorias de cincuenta gobernantes griegos y romanos. El profesor Rovira ha seleccionado cuatro –Teseo, Rómulo, Licurgo y Numa, quienes

instituyeron o reformaron las tradiciones políticas de sus respectivos pueblos. A lo largo de doscientas páginas se nos explica con todo lujo de detalles el talante y la ejecutoria de tan destacados personajes.

Los restantes escritos de Plutarco tienen un carácter filosófico y su denominador común es la búsqueda de la virtud, tanto personal como cívica, por lo que se agruparon bajo el título arriba reseñado. En la tercera parte del libro que comentamos, se analiza el contenido de cuatro tratados de los *Moralia*, en los que se abordan cuestiones relativas a la vida pública: «Sobre la necesidad de que el filósofo converse especialmente con los gobernantes», «A un príncipe falto de instrucción», «Sobre si un anciano debe intervenir en política» y «Consejos a políticos». Esta última sección ocupa ciento cincuenta páginas y, al igual que en la precedente, se reproducen y comentan en ella los fragmentos más significativos de dichas obras.

Antaño, la célebre máxima ciceroniana – historia magistra vitae (De oratore, II, 36)– se tenía muy presente. Por eso, se sacaban las consecuencias y se pensaba que conocerla resultaría de mucha ayuda al gobernante. Sin duda, Plutarco no fue ajeno a esta convicción y la fortuna de que gozó tiene mucho que ver con el potencial didáctico de sus palabras. Es cierto que la historia nunca se repite y que, para lograr sacar partido de ella, primero hay que reconstruir los acontecimientos y

comprender a los protagonistas con objetividad. Sin embargo, no podemos pretender hacer tabula rasa del pasado, para comenzar de cero, una tentación propia de los ‘revolucionarios’, muy presente en la actualidad. Eso equivale a suponer que el hombre carece de naturaleza y cada época es única, por lo que nada tiene que enseñarnos.

Por eso, este libro es una excelente oportunidad para caminar por una vía de la tradición cultural europea hoy poco o nada explorada. Hallaremos en él un tesoro de reflexiones y máximas que nos ilustran sobre la condición humana y las leyes de la convivencia, servidas además con un pulcro y fluido español, venido del otro lado del Atlántico, para recordarnos el poder y la belleza de nuestra lengua común. Leerlo debería ayudarnos a poner en cuestión los discursos políticos al uso, cuyo único fundamento suele ser la afirmación voluntarista de unos derechos humanos, a menudo tan utópicos como inconcretos y contradictorios entre sí. Con este antídoto, tal vez logremos prestar más atención a los signos de los tiempos, sin perder de vista que –en lo esencial– el ser humano sigue siendo el mismo, por más que cambien las circunstancias que le rodeen. Tal fue la secular convicción del humanismo occidental y sería muy oportuno que nos dejásemos guiar en mayor medida por ella.

Javier LASPALAS
Universidad de Navarra